

COTTET

FREUD Y EL DESEO DEL
PSICOANALISTA

FOTOCOPIADORA	
C.E. Psi	
Psicología 1	
Folio	280
SF	DF 2

X

LA PARANOIA EXITOSA

Hay una tendencia en el psicoanálisis a virar al delirio de interpretación. Consideramos como aceptado que tal no es, empero, la orientación freudiana. Según Freud, el delirio de interpretación es más bien propio de la filosofía, en tanto que *Weltanschauung* y, como lo dice en las *Nuevas Conferencias*, "reducción a un principio único"¹ de todos los problemas que plantea nuestra existencia.

Sin embargo, es una idea de moda afirmar la homogeneidad de la teoría y del delirio. Según ciertos autores,² el psicoanálisis desafía toda tentativa de definir los criterios que discriminan la locura y la teoría. El argumento tomado de Freud³ es que el psicoanálisis recurre constantemente a la ficción, al fantasma, a lo imaginario. En lugar de seguir en una dirección epistemológica este debate, más vale examinar las razones por las cuales Freud consideraba al psicoanálisis como otra cosa que un delirio, dicho de otra forma, el punto en base al cual el psicoanálisis no es un delirio paranoico nos debe dar nuevos elementos para apreciar lo relativo al deseo de Freud:

Se sabe que en una carta a Ferenczi, Freud afirma haber hecho su duelo de la paranoia: "Usted ha no solamente observado, sino igualmente comprendido que yo ya no siento la necesidad de revelar completamente mi personalidad y usted lo ha atribuido, muy acertadamente, a una razón traumática. Desde el asunto Fliess del que he debido recientemente ocuparme de liquidar, como ya sabe, la necesidad en cuestión no existe más para mí. Una parte de la carga

homosexual ha desaparecido y he aprovechado para extender mi propio yo. He tenido éxito ahí, donde el paranoico fracasa".⁴

¿Se dirá que el psicoanálisis es una paranoia lograda? Se puede también plantear la pregunta de la cura en esos términos, como lo hace Lacan: el psicoanálisis, "paranoia dirigida".⁵ El acento debe ponerse en esta dirección para marcar el límite entre el delirio propiamente dicho y lo que el psicoanalista quiere obtener: el reconocimiento por el sujeto de lo que lo tienta, la aceptación de la pulsión reprimida. De manera que es menos el psicoanalista quien tomaría al paranoico como modelo, que el paciente, cuyo recorrido pasaría necesariamente por la transferencia negativa, es decir que la figura persecutoria del Otro puede ocupar el lugar del objeto malo, del *kakon* fundamental del sujeto. Suponiendo a éste reprimido, el odio viene a ocupar la escena de la transferencia, como es manifiesto en el *Hombre de las ratas*.

¿No es justamente el deseo de Freud el que impide al psicoanálisis ser un delirio? Esto es posible dado que el deseo del paranoico es ser representado por todos los significantes del mundo. Se opone entonces, punto por punto, al deseo de Freud de renunciar a las visiones del mundo. Es cierto que ese rasgo solo no sería suficiente para discriminar el psicoanálisis del delirio ya que del mismo modo la filosofía, según Freud, es, desde este punto de vista, asimilada a la paranoia.⁶ Ahora bien, si es verdad que se puede hacer de la filosofía "el prototipo de la *Weltanschauung*, es en tanto que, como en la paranoia, el narcisismo se afirma como su principio. Freud que hace de la filosofía una variedad del animismo, da esta definición: "un sistema intelectual que concibe la totalidad del mundo como un conjunto único a partir de un punto".⁷ Es incluso como reacción al orgullo narcisístico que Freud liquida a la filosofía; y opone a las consolaciones de los maestros de vida, la "exigencia de certeza" que hace del deseo del psicoanalista una *x* a referir al deseo de la ciencia.⁸

Todavía falta agregar que la objetividad psicoanalítica no podría guarecerse en una verificación cualquiera: su objetividad está, en efecto, estrictamente ligada a la situación analítica, la cual, no siendo verificable por un tercero, está invalidada como ciencia y no puede responder más que a título de la estructura de lo imaginario. Tal es el sentido de esta definición de Lacan: "El psicoanálisis es la ciencia de los espejismos que se establecen en este campo".⁹

Es por eso que la carta a Ferenczi, escrita poco después de la redacción del *Presidente Schreber* debe ser iluminada por un pasaje en el cual Freud muestra lo que llama una "sorprendente concordancia con nuestra teoría": "Los 'rayos de Dios' schreberianos, que se componen de rayos de sol, de fibras nerviosas y de espermatozoides condensados juntos, no son, en el fondo, más que la representación concretizada y proyectada afuera de las cargas libidinales, y ellas prestan al delirio de Schreber una sorprendente concordancia con nuestra teoría. Que el mundo deba llegar a su fin porque el yo del enfermo atrae sobre sí todos los

rayos y —más tarde en el período de reconstrucción— el temor ansioso que experimenta Schreber frente a la idea que Dios podría "disminuir la unión establecida con él con la ayuda de los rayos, todo esto, como otros detalles del delirio de Schreber, se parece casi a alguna percepción endopsíquica de esos procesos cuya existencia he admitido, hipótesis que nos sirve de base a la comprensión de la paranoia".¹⁰

Como Freud, deseoso, sin embargo, de atribuirse la paternidad del descubrimiento, afirma que había "edificado (su) teoría de la paranoia antes de haber tomado conocimiento del libro de Schreber",¹¹ es evidentemente a las cartas a Jung a las que es necesario referirse. Sin embargo, ya que se trata de las relaciones del psicoanálisis con el delirio, y que Freud nos dice haber escapado a ese avatar de la relación homosexual, debemos establecer con precisión el proceso que haría del psicoanálisis una paranoia lograda. Si hay algo común entre el psicoanálisis y el delirio paranoico, a saber la teoría de la libido, es que la paranoia pone en evidencia una estructura del deseo: aquella donde el narcisismo es prevalente, donde la relación con el otro es fundamentalmente exclusiva de una relación simbólica con el Otro.

Un lazo más estrecho podría, sin embargo, ligarlos uno al otro. O. Mannoni escribe, por ejemplo: "No hay duda que el primer análisis terapéutico, que fue también el primer análisis didáctico, ha sido la primera cura preventiva de una paranoia. Esto tiene su importancia. Hay una cierta relación entre el conocimiento paranoico y el saber fundado en el deseo inconsciente".¹² Esta apreciación no nos parece tocar a lo esencial: que la paranoia, como el psicoanálisis, es una teoría de la relación sexual. Freud, por haber querido hacer una ciencia del deseo sexual, es decir buscar lo que, en ese sentido, puede hacer "proporción", ha acordado mucha importancia a Fliess que quería dar una expresión matemática de esa relación. Sin embargo, es necesario situar exactamente la diferencia entre Fliess y Freud. Si se pretende que la teoría de Fliess es paranoica, es para descalificar su pretensión de ser una ciencia; ahora bien, la teoría fliessiana de los períodos no está necesariamente en contradicción con la observación.

Lo que da a la periodicidad esa dimensión esotérica, es únicamente esto: lo real del cuerpo concuerda con el firmamento de los cielos: el ciclo de la mujer simpatiza con el ritmo cósmico: los astros, relojes del mundo, concuerdan con los períodos femeninos. En el fondo, lo que hace la comunidad de Schreber con Fliess, es que tanto para uno como para otro, lo femenino y lo masculino buscan encarnarse en una inscripción cifrada, en un número: existe la cifra de la mujer, 28, y la cifra del hombre, 23. La teoría delirante de Fliess de la analogía anatómica de los órganos de la nariz y de los órganos genitales femeninos, consiste en soslayar la diferencia sexual, no asignándole ninguna marca simbólica. La teoría de la bisexualidad reduce la diferencia hombre/mujer a una diferencia puramente cuantitativa; justifica las elucubraciones matemáticas de

Fliess. Las sabias combinaciones de dos cifras suplantaban a la imposibilidad de escribir el símbolo de la relación del hombre y de la mujer. Es precisamente sobre ese punto que Freud no seguirá a Fliess, alegando como excusa su falta de conocimiento matemático.¹³

Paradójicamente, en esta reticencia de Freud, se capta la proximidad de su deseo con el del matemático que, en realidad, no se deja confundir por el goce del sentido. A la inversa, Fliess creía poder dar un sentido sexual a una proporción matemática. Todo en el universo resonaba con los acentos del intervalo matemático que sabía encontrar en todos sus cálculos. Ahora bien, a partir del momento en que se hace entrar la diferencia sexual en un cálculo sabio, no está lejos el camino que conduce del hombre a la mujer por una simple operación aritmética. Es renunciando a encontrar la medida entre lo masculino y lo femenino como Freud pudo beneficiarse de la teoría delirante de la bisexualidad fliesseniana.

No sin ironía le escribe a Fliess: "Muchas cosas muy bizarras me han venido a la cabeza hoy y todavía no las he captado perfectamente. No es cuestión para mí de meditar; esta manera de trabajar me viene intermitentemente y sólo Dios sabe la fecha del próximo ataque, a menos que tú hayas encontrado ya mi fórmula".¹⁴

La fórmula freudiana, realmente, significaría más bien el destino de la pulsión sexual en juego en la paranoia, a saber la homosexualidad, que ha sido en su caso, la sublimación y no el fracaso en la regresión al narcisismo. La ampliación del yo podría sugerir entonces que un avatar de la paranoia podría conducir al psicoanálisis. No se estaría frente a dos discursos, de los cuales uno sería el revés del otro, sino a la salida antinómica de una cuestión que interesa a la ciencia y a la locura a la vez. Sin duda alguna, la "fórmula" apunta a las antiguas relaciones de Freud con Fliess. Este último habría tomado la vía que conduce a la elaboración de una teoría delirante en tanto que su homosexualidad no está sublimada. Todavía es necesario mostrar que es en este fracaso, o más bien de ese fracaso, que surge su doctrina de la bisexualidad biológica, que hace pasar por lo real y por el universo entero los signos de lo masculino y de lo femenino. Que haya allí una teoría propiamente delirante de la división sexual es la ideología, si puede decirse, más difundida, excepto que ella no es el objeto de una doctrina como es el caso en la obra de Fliess. En el fondo, se trataría para él, de poner al deseo en fórmula, de obtener que la relación sexual pudiese escribirse conforme a un saber sobre los ciclos que serían susceptibles de regular su curso. Como ese ciclo es de naturaleza mecánica y obedece a leyes cósmicas, se podría decir que la revolución freudiana consistió en renunciar a ese modelo imaginario de la revolución astral que él, sin embargo, ha inscripto, bajo la égida de Copérnico, como principio del psicoanálisis.

Ese texto irónico de Freud, podría, perfectamente, ilustrar teóricamente la

antinomía que existe entre una concepción paranoica de la sexualidad, para la cual la previsibilidad del deseo procedería de su cifrado previo, y la de Freud para quien el famoso "empuje" de la pulsión es constante. Este principio, verdadero golpe de estado teórico, es el que va a guiar en adelante a Freud en su doctrina de la sublimación. Ella implica como condición previa a la teoría de la libido como energía susceptible de transformación, de la cual, finalmente, no se sabe nada (la libido es un mito), si no que una constante es puesta como principio de la explicación que considera indestructible al deseo.

Se ve aquí en qué el psicoanálisis se acerca a la ciencia, no por su proximidad con teorías cuya analogía con el delirio paranoico se acaba de subrayar. ¿Qué es una "ciencia" que, justamente, desconoce lo imposible de la relación sexual y con la excusa de un saber sobre la diferencia, reintroduce la esperanza de una reducción a un principio único?¹⁵

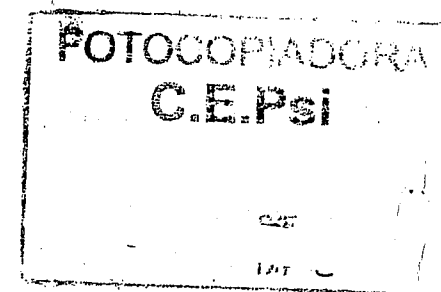
Es milagroso que Freud, que jamás se ha alejado de su ideal científico inspirado por los ideales de Brücke, su maestro, no haya hecho del psicoanálisis un delirio paranoico. Su parapeto, en este sentido, habría sido el delirio de Fliess mismo. El fracaso de este último, que Freud imputa, finalmente, a una pulsión homosexual que no ha podido encontrar la vía de la sublimación, es rico en enseñanzas.

Es válido preguntarse qué ha podido seducir a Freud antes que leyera, por consejo de Jung, las *Memorias* del Presidente Schreber. Freud, sin duda, soñando con un ideal de cientificidad para el psicoanálisis, se remitió a Fliess antes de tropezar con un imposible. Sucede que la ciencia es el fantasma del dominio de lo real; y lo real del sexo, en adelante, se va a presentar como enigma de la femineidad, ese Otro absoluto, informalizable.

NOTAS

1. S. Freud, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, (1932), Obras Completas, Tomo XXII, op. cit.
2. Cf. O. Mannoni, *Un commencement qui n'en finit pas*, op. cit. P. Fédida, *L'Absence*, Paris, Gallimard, 1978.

3. En *Construcciones en el análisis* (op. cit. pág. 168), S. Freud reconoce que está tentado de ceder a la atracción de una analogía entre la teoría y el delirio, teniendo en cuenta el "núcleo de verdad" que éste entraña.
4. E. Jones, op. cit., Tomo II.
5. J. Lacan, "La agresividad. . .", en *Escritos*, Tomo II, op. cit., pág. 73.
6. Cf. P.-L. Assoun, *Freud. La filosofía y los filósofos*, Paidós, Buenos Aires, 1980.
7. *Ibid.*
8. S. Freud, *Inhibición, síntoma y angustia*, op. cit., pág. 92.
9. J. Lacan, "La cosa. . .", en *Escritos*, Tomo I, pág. 151.
10. S. Freud, el *Caso Schreber*, op. cit., pág. 72.
11. *Ibid.*
12. O. Mannoni, *Claves de lo imaginario*, op. cit.
13. Cf. S. Freud, *Cartas a Fliess*, op. cit., carta Nro. 146. 19 de septiembre de 1901.
14. *Id. Ibid.*, Nro. 212, 11 de octubre de 1899.
15. Freud todavía denuncia el peligro en 1917 a propósito de las tentativas de Groddeck: "Temo que sea usted también un filósofo" (Citado en G. Groddeck, *Ça et moi* (1917), París, Gallimard, 1977, pág. 44).



XI

EL MITO FREUDIANO

Cambio de diván

En 1925, Freud confiaba a su alumno Kardiner que sus pacientes no le interesaban más que en la medida en que aportaban una contribución a sus propias teorías.¹ El entusiasmo terapéutico de Freud, ya se verá, no ha sido nunca tal que le haya sacrificado su gusto por la especulación pura. En 1918 escribe a Pfister: "He dicho a menudo que considero la significación científica del análisis como más importante que su significación médica y, en la terapéutica, su acción global por la explicación y la exposición de los errores como más eficaz que la cura de personas aisladas".²

Sin embargo, si se observa un cambio de actitud en la relación de Freud con la clínica, es la clínica misma y lo real que ella pone en evidencia lo que lo causa. Ese alejamiento relativo se debe en parte a la confrontación que Freud hace con la "reacción terapéutica negativa" de la que confiesa con estupor que es la causa última de la resistencia.³ La impotencia para curar no podría ser el límite de una doctrina que, justamente, es la única capaz de remontar a las fuentes del deseo con la pulsión de muerte. Si nadie ha encarado a lo impoible, nada impide hacer el análisis de ese real que, en la civilización, hace síntoma.

El aburrimiento que le producen los pacientes desde 1925 está compensado por la defensa de la causa freudiana; por no poder llevar al paciente hasta el punto donde podría tomarlo como causa de su deseo, se identifica a otra causa: a la propagación del análisis y a la extensión de su contenido a la civilización. El